

todos los santos. (1) Esforzaos más y más, para asegurar vuestra vocacion y eleccion, por medio de las buenas obras. (2)

Lo dicho nos llena de temor y congoja, de inquietud y sobresalto: se oprime el corazon, y la esperanza casi desfallece; mas oigamos esta voz dulcísima, que en la tribulacion nos llena de consuelo: Tened confianza, nos dijo el amable Salvador, Yo he vencido al mundo. (3) Y al escucharla nos arrojamos á sus piés, los abrazamos, y regándolos de llanto, le decimos con ardiente amor: No dejes que de Tí nos apartemos. En El colocamos nuestra esperanza, y no quedaremos confundidos.

El Espíritu Santo está en el Padre y el Hijo como una mocion vital, cual un impulso de amor. (4)

El nombre de espíritu, nos dice el Ángel de la Escuela, significa, en las cosas corporales, cierto impulso y mocion; por esto el viento es llamado espíritu. Y propio es del amor impeler y mover la voluntad del amante al amado. (5)

¿Es la vida, la fuerza, ó el ardor de esa mocion é inefable impulso lo que ahora examinamos? La vida de Dios nos encanta, nos cautiva su fuerza divina, y el ardor de la suave y purísima llama que abrasa su divino corazon, enciende tambien, el corazon del hombre.

Dios es la vida por esencia; vida que se halla en toda su grandeza y plenitud en las tres divinas personas: es la vida, y por esto su actividad es infinita, indeficiente y perfecta: su fuerza es adorable y prodigiosa; y sus ardientes llamas se alimentan, y arrojan tan puro y so-

(1) Ephes. VI. 11, 18. (2) II. Petr. I. 10. (3) Joann. XVI. 33.  
(4) D. Th. p. 1. q. 27. a. 4. (5) Id. q. 36. a. 1.

berano resplandor, de la misma esencia divina.

Vida dichosísima, fuerza infinita, ardientes y abrasadas llamas; ¿serán éstos los principios de aquella mocion divina, de aquél adorable impulso, con que el Padre ama al Hijo y el Hijo á su Divino Padre? Decimos solamente, que el Espíritu Santo procede recibiendo todas las riquezas de su eterno principio. Misterio sacratísimo y profundo, cuya luz se nos oculta bajo un velo, que el respeto y nuestra gran insuficiencia, no nos dejan levantar. El amor en sus íntimas caricias busca la soledad, quiere silencio, y á solas con la dichosa persona que ha escogido, revela sus secretos, expulsa su cariño, derrama sus ternuras. Son entónces, sus palabras ardientes como el fuego, saetas abrasadas, que encienden y traspasan nuestras almas. Ningun profano puede penetrar en ese recinto vedado, en ese augusto santuario. Y si esto pasa acá en la tierra; ¿cómo atrevernos á contemplar las adorables y divinas maravillas del amor sagrado, en el Padre y el Hijo; los santos ardores, la suave fuerza, la dulce vida del Padre y su Verbo, en el Espíritu Santo?

Réstanos, solamente, bendecir, adorar, amar tan profundo y sagrado misterio; y así lo hacemos, pues nos abrasan las vivas llamas del sagrado amor; sentimos que una fuerza divina y misteriosa nos lleva á Dios; y que en Él gozamos una vida, llena de inefables y castísimas delicias. ¿Cómo dejar tan amado pensamiento? ¿cómo poner en el olvido á nuestro dulce Dios?

Un momento, todavía un momento, ocupémonos en el Señor: al querer dirigir nuestras miradas á otra

parte, sentimos una fuerza oculta que nos atrae de nuevo á pensar en nuestro tierno Padre.

Son impenetrables los misterios que tenemos entre manos; y con todo, obra Dios en nuestras almas maravillas tan grandes, que en éstas encontramos una imagen, si bien muy imperfecta, de las que brillan tan puras y hermosas en todas las sendas del amor divino.

Al pensar en nuestro Dios querido, ¿dónde está la muerte, dónde la frialdad ó el desaliento? Ha pasado un cambio que no nos explicamos: Vendrá sobre tí el Espíritu del Señor..... y serás mudado en otro hombre. (1) En efecto, sentimos un fuego sagrado que abrasa dulcemente las entrañas; (2) somos revestidos de fortaleza, y rebosa el alma, una vida divina. La actividad nos vuelve infatigables en el servicio del Señor; y cuando así lo pide su divina gloria, hácenos pasar los anchos mares, ó nos interna en espantosos desiertos, ó acaso nos detiene en medio de grandes ciudades, para anunciar en todas partes, el nombre del Señor; y sin embargo, en ciudades, desiertos y mares, y doquiera que nos lleva, estamos siempre con Dios: no hay para nosotros cambio de lugar, que siempre estamos en el mismo punto: el amor y la gloria del Dios á quien tenemos con nosotros.

Arderá sobre mi altar un fuego inextinguible. Esto había mandado el Señor en otro tiempo; (3) ¿y qué es lo que pasa en nosotros? Dios sin descanso alimenta en el alma el fuego del amor sagrado; jamás quitará su Majestad las brasas que lo nutren; ni dejaremos de sentir el aliento de su Espíritu Divino que

(1) 1. Reg. X. 6. (2) Hierem. XX. 9. (3) Prov. XXV. 23.

avive aquel sagrado fuego, el que al mismo tiempo, comunica la vida al corazón. Nosotros, sí, nosotros solamente, seremos los que podamos apartar aquellas brasas, y decir al sagrado viento que las encendia: Cesa, recoge tus alas; que tu aliento no rize mi frente. No lo digamos; que ese viento divino no disipa las lluvias, ni es al que dijo la esposa: Retírate; sino el otro que luego llamaba: Ven oh Austro, á soplar en todo mi huerto, y que en todo el mundo se extiendan sus aromas. (1) Ese viento sagrado, da vida á los muertos, derrama el consuelo, nos colma de gozo, eleva nuestra alma, nos une con Dios, nos trae de los cielos inmensas riquezas: sopla suavemente sobre el mar de la divina misericordia y nos acerca la nave cargada de preciosas mercancías de que nos hablan los sagrados libros; (2) nave donde hallamos lo que hemos menester; y en esta misma, aquel viento nos conduce al puerto de eternal ventura.

El Espíritu Santo está en el Padre y en el Hijo como el término glorioso de un infinito y soberano amor. (3)

¿Irá el Padre más allá de su Divino Verbo; ó el Verbo del Señor, buscará descanso fuera de ese mismo Padre? En Dios mismo termina, pues, su amor divino; porque fuera de Él, no hay quien digno sea de ese tesoro de infinito precio. En el Hijo se complace el corazón del Padre; y en este corazón, vive dichoso Aquel Divino Verbo: y el Espíritu Santo, amor sagrado, descansa en el Padre y el Hijo, como el amante, en el amado. [4] La plenitud de ese gozo, ese amable des-

(1) Cant. IV, 16. (2) Prov. XXXI. 14. (3) Gotti. De Circum isessione. n. 12. (4) D. Th. p. 1. q. 36. a. 2. ad 4.

canso, ni puede aumentar ni tener variacion; es eterno, cumplido, inmutable y perfecto.

Mas ved una grandeza inefable y divina, que admiramos encantados y llenos de profundo regocijo, en el Espíritu Santo. Si quitais al Espíritu Santo, nos dice el Ángel de la Escuela, no podrá entenderse la unidad de conexión entre el Padre y el Hijo, y por esto decimos que todo se une por el Espíritu Santo; mas puesto el Espíritu Divino, se encuentra en las personas, esa razon de conexión. [1] Y en efecto, ¿podrá jamas el Padre, contemplar á su Hijo tan amable y perfecto, lleno de santidad y hermosura, de perfeccion y de virtud, sin amarlo? ó el Hijo podrá referirse al que es principio de toda su grandeza, de quien todo lo tiene recibido, sin abrasarse en amoroso incendio del más divino fuego? Y ese amor, ese incendio, ese fuego los une con tanta firmeza, tan suave dulzura, tan santas delicias, que el Hijo y el Padre jamas podrán dejar de amarse; siendo ese amor divino y soberano el que termina sus eternas complacencias.

¿Habeis visto alguna vez, la confluencia de dos rios? Allí en ese punto, se unen sus corrientes, sus ondas se confunden, y unas mismas son las aguas que llevan arrastrando.

El Padre y el Hijo no estuvieron jamas divididos, pues que tienen una misma esencia; pero ¿sabeis cuál es, hablando nuestro pobre y humilde lenguaje, el alegre y venturoso sitio, la divina confluencia de Uno y Otro? El amor, el Espíritu Santo, que los tiene inseparable y soberanamente unidos; sin confundir las personas.

(1) 1 p. q. 39. a. 8. in corp.

Sigamos todavía nuestro pobre lenguaje. El amor ha dado cita á los que se aman; ha escogido un lugar de castísimas delicias donde los amantes vivan siempre unidos; y ¿dirémos acaso tambien, el amor ha señalado el tiempo de esa cita? No, que en Dios no hay tiempo, ni el lugar lo circunscribe, ni á ningun sitio camina en que ántes no estuviese; mas el Espíritu Santo es el Amor, es el gozo, el abrazo del Padre y del Hijo, su ósculo santo, el término, en fin, de su cariño.

¡Ah! hemos dicho que palpitaba el corazón de dulcísimo contento, al pensar en las grandes maravillas del amor divino; y así es en realidad. ¿Ignoramos, por ventura, las relaciones que tenemos con el Padre? ¿No tenemos con el Hijo grandes deudas de cariño y de inmensa gratitud? y al pensar en el Espíritu Divino ¿no sentís que un fuego misterioso enciende vuestras almas? Y ved por qué cuando pensamos en Este mismo Espíritu que está en el Padre y el Hijo, y es su amorosa lazada, y goza con los dos de inmensa ventura; y al recibirlo todo de Uno y Otro, la vida, la fuerza, el aliento divino, es su delicia y encanto; y todos tres son un mismo Dios, y tienen una misma esencia, y reciben una misma gloria, y son dignos de la misma adoracion; ¡ah! entónces nuestras almas viven, y gozan, y alaban al Sér de los seres, al Rey de los siglos, al Dios inmortal, Padre, Hijo y Espíritu Santo á quien debido y se rinde todo honor y gloria en los cielos y la tierra.

Nos queda todavía, un pensamiento de amor; y ¿qué podrá detener la palabra una vez concebida? (1)

(1) Job. IV. 2.

El Espíritu Santo es el término glorioso del amor del Padre y del Hijo; y ¿nosotros quisiéramos buscar un término distinto á los afectos del corazón? Nos causa ciertamente, tristeza y vergüenza el pensar en nuestra gran miseria. Llevamos en el alma un riquísimo tesoro; nos ha dotado el cielo con admirable y prodigiosa fuerza de ternura, con la que podemos ganar la paz del corazón y la eterna dicha; mas ¡ay! que malgastamos el tesoro inestimable del amor en vanidades y miserias; y al dormir el sueño de la muerte, acaso se diga de nosotros: Quedaron perturbados todos los de incensato corazón. Durmieron su sueño; y todos esos hombres opulentos se encontraron sin nada, y vacías las manos. (1) Tristísimo infortunio, y en aquel entonces, sin remedio. Mas ¿por qué no hemos de evitar á tiempo desgracia semejante?

Israel, decía un Profeta, está consagrado al Señor, y es como las primicias de sus frutos..... ¿Es acaso algún esclavo, ó hijo de esclava..... Y ¿qué es lo que pretende con marchar hácia el Egipto, y con ir á beber el agua turbia del Nilo? ¿Ó qué tiene qué ver en el camino de Asiria, ni para qué tomar el agua del Eufrates?..... Como queda confuso un ladrón cuando es cogido en el hurto, así quedaron confundidos los hijos de Israel, ellos y sus reyes, los príncipes y sacerdotes, y sus profetas, los cuales dicen á un leño; Tú eres mi padre; y á una piedra: Tú me has dado el sér que tengo. [2]

Sí, la confusión y la vergüenza cubren el rostro y nos dejan humillados. ¡Haber amado tanto tiempo á las criaturas olvidándonos de Dios! Y no es que Dios

(1) Ps. LXXV. 6. (2) Hierem II. 3, 14, 18, 26, 27.

nos haya tratado con dureza, ó haya disminuido sus favores. ¿Por ventura he sido Yo para Israel algún desierto, ó tierra sombría que tarda en fructificar? Pues ¿por qué motivo ha dicho mi pueblo: Nos retiramos; jamás volveremos á Ti? ¿Podrá acaso una doncella olvidarse de sus atavíos, ó una novia de la faja que adorna su pecho? Y sin embargo, mi pueblo me ha olvidado innumerables días. [1]

Mas el Señor nos quiere para Sí, y es preciso aprovechar su inefable y santísima bondad; serémos suyos, y le amarémos con todo el corazón. Él será quien lleve nuestro afecto en pos de su grandeza: por Él saldrán del pecho; mil suspiros; y por lograr su amor tendrémos todo lo demás, como basura. [2] Pensar en Dios, ved la eterna ocupación de nuestras almas; servir á Dios, nuestro constante y decidido empeño; amar á Dios, el término glorioso á donde el corazón tiende sus alas, y ansioso á todas horas pretende descansar.

## CAPITULO XII.

### § I.

#### LAS NOCIONES DIVINAS.

Al separarnos de la tierra que amamos arroja el alma un suspiro, suspiro que el viento lleva en sus alas, cuyo recuerdo á todas partes llevamos con nosotros. Pasan los meses y los años; muy léjos acaso, nos hallamos de esa tierra; pero volvemos á ella nuestros ojos, y volvemos de nuevo á suspirar: ¡cuántas veces nos ocupamos en traer á la memoria sus recuerdos, pintando con bellísimos colores sus paisajes! ¡cuán hermoso, nos decimos á nosotros mismos, es su limpio y

(1) Id. V. 31, 32. (2) Philip III. 8.